

María Teresa del Villar: "Caleidoscopio Roto"

Por HERNÁN DEL SOLAR

El relato de una infancia que transcurre en un lugar imaginario y en un tiempo indefinido no impone a su autor las mismas exigencias que a aquél que evoca unos años infantiles vividos en algún paraje claramente ubicado en la geografía. El primero puede permitir que la imaginación lo domine como quiera hacerlo, dándole a la vida las más inesperadas e inexplicables peripecias. El segundo, el evocador, mientras se vuelve hacia el pasado no deja que irrumpa la ficción y todo lo disponga a su arbitrio. La fantasía se comporta, en cada uno de estos casos, de manera diferente. En uno, va adelante del autor, guiándolo, enfrentándole al mundo con el problema de crear una realidad sin intersticios por donde corra el súbito riesgo de desinflarse. En el otro de los casos que someramente examinamos, la imaginación va ayudándole al autor a ser auténtico. No copia, sometida al modelo que contempla; al contrario realiza los pormenores, acentúa trazos, ilumina.

María Teresa del Villar es una evocadora de la niñez. De la suya, indudablemente, porque esta primera persona del singular que relata no es una representación de personaje imaginado para animar una historia. Se le siente, de principio a fin del libro, un ser recordado, verdadero, que entreabre puertas del preférito para escapar hacia el presente, del relato, en el cual vive y nos acompaña.

Esta realidad sin sombra, límpida, la consigue su autora con una destreza agilísima para excursionar, sin desorientarse, por los altibajos de la memoria, recorrida de punta a cabo. María Teresa del Villar define su libro como "viaje a la infancia". Anduvo por ella, experimentó nuevamente antiguas cosas, y en su viaje de regreso hasta el libro lo trae todo tan fresco, tan nítido, que las palabras que nos comunican la travesía vienen cargadas de un candor dichoso, de una sencilla fuerza que aprisiona ordenadamente paisajes, personas, sucesos, toda una vida de niña imaginativa, sensible, a ratos caprichosa y siempre contenta de hallarse en el mundo tan prodigo de sorpresas.

Esta es la primera obra de María Teresa del Villar. No lo parece. Hay una soltura expresiva que, por lo general, se alcanza tras largo ejercicio, puesto a prueba en más de un libro. No nos encontramos, sin embargo, ante una autora que repentinamente decide escribir y tropieza, sin mayores rodeos, con un estilo simple, correcto, animado, de escritor de buena cepa. Tales cosas suelen no suceder ni en el más optimista de los cuentos. Lo que pasa es que María Teresa del Villar es periodista. Y en su oficio trabaja desde hace tiempo. Ahora bien, para quienes sostienen que el periodismo es mala escuela para el escritor, aquí tienen —una vez más— buen desmentido. No se va del periodismo a la literatura o viceversa, de ésta a aquélla, cambiando obligadamente de tren y de maletas. Esto lo saben escritores y periodistas que van por entre las gentes y las cosas del mundo con ancho entendimiento y cordial amistad con las palabras.

La obra la preloga otro periodista: Homero Bascuñán. En su breve y afectuosa presentación no se interesa sino por lo que más importa: la veracidad y la sencillez. "Y aquí están — escribe — esos apuntes o recuerdos (o "viajes a la infancia", como los denomina su autora) en este libro, desarrollados en su justa dimensión, sin restarles autenticidad ni colorido, y, lo que

es más importante, sin destigurarlos con enmiendas o taraceas que pudo sugerir la autocritica o el deseo de mejorar, con pinceladas de discutible "buena intención", la imagen guardada como una diapositiva sencilla del enfoque captado de un momento real y emotivo de los días más felices o penosos de la niñez. Exactamente. Todo es preciso, mesurado, espontáneo. Ha sido una suerte que una "autocritica" equivocada no haya venido, con intención inmejorable, a meter mano entre las páginas. Esto no quiere decir que el libro se haya escrito como "dictado" por un espíritu generoso, ateniéndose la autora a prestar oído exacto para transcribir palabras y frases como máquina registradora. A esto se le solía dar el nombre de "inspiración". Pequeña y romántica mentira a que ya no recurren ni las que empiezan ni las que acaban. El arte de escribir exige trabajo. Recuerde quien lo desea a Tolstoy, a Virginia Woolf, y vea cuánto esfuerzo puede costar a los más grandes la sencillez y la aparente espontaneidad. Pero no hay para qué dar un brinco tan grande hacia tan altos ejemplos. Quedémonos aquí, junto a una escritora chilena que publica su primer libro y, lo haya trabajado mucho o poco, se presenta con él a las puertas de nuestra literatura, desiosa de tenerlas abiertas. Creemos sinceramente que se la abren sin dificultad ninguna y le permiten ir a situarse junto a esos escritores que, respetuosos de su tarea, no se imponen sino el deber de ser verdaderos. Como ellos, abomina de la frase que relumbra innecesariamente, pone a un lado —lejos— la palabra que viene galopando de un lenguaje perdido, y quiere que su expresión se ajuste lo mejor posible a la realidad que trata. En este libro el tema es un trecho de años que cruza una niña provinciana atenta a cuanto la circunda. Viva, agitada por una incesante curiosidad, va descubriendo el mundo y quiere saber el cómo y el porqué de muchas cosas. No se cansa de preguntar. Las respuestas que no la convencerán, porque las siente falsas, voluntariamente oscuras, rengas, tartamudas, se le convierten en necesidad de reflexión obstinada, de sueño protector. De ese modo se va creando una interioridad que la llena de alegría. Siente su fortaleza de estar a solas con un secreto que no quiere compartir, pequeño tesoro que la engrandece. "Un día — leemos — descubrí que yo pensaba; que podía pensar lo que quisiera, y ese fue un día de triunfo para mí y de derrota para mi padre. Por supuesto que fui de carrera a su escritorio a decirle: "Papá, yo puedo pensar lo que quiero y usted — aunque me esté mirando no lo sabe y aunque me dé muy fuerte con la correa, si yo no quiero... no se lo digo".

Percibe, siente, piensa en su paso por la infancia, a veces comunica sus hallazgos, o los calla con cierto orgullo alegre, y en "El caleidoscopio roto" que ahora muestra todo aquello encontramos a la chica imaginativa, descubridora del mundo cotidiano, de la simrazón de ciertas amarguras o de ciertas dichas, entregada de lleno a un gozoso afán de contarle todo, de po ocultar nada, de revivir — página tras página — unos lindos años. María Teresa del Villar cumple esta voluntaria obligación con pericia de escritora que no miente. Los lectores sentiremos la satisfacción de una incuestionable autenticidad; de un límpido mirar hacia imágenes recordadas en un recodo de la vida.

María Teresa del Villar: "caleidoscopio roto" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

María Teresa del Villar: "caleidoscopio roto" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile